

Ética en la vida y el pensamiento del cardenal Newman

CARLOS JULIO CUARTAS CH.*

RESUMEN



Entre las obras del cardenal John Henry Newman, filósofo religioso y apologista del siglo XIX, reconocido especialmente por su análisis sobre la relación entre fe y razón, no se encuentra un trabajo específico referido a la ética. Sin embargo, este intelectual y creyente, quien se empeñó en demostrar que su fe era razonable, no dejó de formular planteamientos sobre el bien, la virtud y el deber, es decir, sobre la moral. Además, el estudio de su vida permite hablar de un «ethos newmaniano» caracterizado por la actitud crítica, la decidida interlocución pública y el cambio, tres elementos que explican el curso del itinerario hacia la verdad que siguió el célebre converso y escritor inglés.

Abstract

Among the works of Cardinal John Henry Newman, religious thinker and apologist of the 19th century, known mainly because of his analysis of the relationship between faith and reason, no specific work on Ethics is to be found. However, this scholar and believer, who endeavoured to demonstrate that his faith was reasonable, did not miss to formulate his thoughts about good, virtue and duty, that is, on morality. Furthermore,

* Decano del Medio Universitario de la Facultad de Artes y miembro del Consejo Directivo Universitario de la Pontificia Universidad Javeriana. Fue decano académico de la Facultad de Ingeniería. En el año 1999 participó en el curso «Newman: a Catholic Way» bajo la dirección del padre Stephen Fields, S.I., en Georgetown University. Oficina: Carrera 7 No. 40-62 Edificio Pablo VI. Correo electrónico: carlos.cuartas@javeriana.edu.co

the study of his life allows us to speak of a Newmanian ethos, characterized by a critical attitude, engaged public dialogue, and change; these three elements explain the course of the itinerary to the truth followed by this famous English convert and writer.

En 1890, a los 89 años de edad, murió John Henry Newman, el hombre que a mediados del siglo XIX había causado conmoción en Inglaterra, especialmente en el medio universitario de Oxford y en la Iglesia Anglicana. Una larga vida, rica en acontecimientos, y una prolífica obra escrita nos ofrecen un material de gran riqueza para el estudio de temas diversos en distintas áreas del saber. Sin embargo, «toda la historia afectiva, intelectual, literaria de Newman, no es otra cosa que la historia de sus relaciones personales con Dios»¹, una historia que se remonta a 1816, cuando apenas contaba con quince años. Entonces, la experiencia de «un gran cambio interior» determinó el punto de partida de su fe en Dios. De ese año en adelante, Newman ancló su pensamiento en «la idea de dos y sólo dos seres, absoluta y luminosamente autoevidentes: yo [*myself*] y mi Creador».² En consecuencia, esta perspectiva debe acompañar la lectura y el análisis de los escritos de Newman, así como el estudio de la vida de un ser humano, que como tal, tuvo contrastes:

...por un lado, ternura de mujer, verdadera sed de afección; por el otro, la dureza seca y cortante del hombre que puede y quiere permanecer solo. Aquí la fría rigidez de un tímido, la amargura de una susceptibilidad a flor de piel, allí todas las caricias de estilo, todo el abandono de una frase encantadora.³

Aunque el nombre de John Henry Newman aparece en algunos libros de filosofía y su obra lo hace figurar entre los grandes pensadores de Occidente⁴, no hay un trabajo particular del célebre converso y escritor inglés en lo relativo a la ética. Por supuesto, en sus escritos hay referencias a temas

1. BREMOND, HENRY, *Newman, Ensayo de biografía psicológica*. (1905). Ediciones Desclée De Brouwer, Buenos Aires, 1947, p. 27.
2. NEWMAN, JOHN HENRY, *Apología Pro Vita Sua* (1864). Introducción de Ian Ker (Ed.). Penguin Books, London, 1994, p. 25. Traducción española, NEWMAN, J.H., *Apología Pro Vita Sua. Historia de mis ideas religiosas* (1864). Traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, Ediciones Encuentro, Madrid, 1996, pp. 31-32.
3. BREMOND, HENRY, *Newman...*, p. 24.
4. MCGREAL, IAN P., *Great Thinkers of the Western World*. Harper Collins Publishers, New York, 1992, pp. 352-354.

que son propios de esa rama de la filosofía. La ética entendida, no sólo como reflexión sobre el bien, la virtud y el deber, sino también como tensión y experiencia personal en función de esa trilogía, aparece tanto en el pensamiento como en la vida de Newman. El testimonio de un hombre que no dejó de buscar que su quehacer fuera coherente con lo que pensaba, permite hablar de ética, como modo de proceder, como comportamiento y código de conducta, en el itinerario vital de Newman, un hombre profundamente honesto, que «desde las sombras y las apariencias» orientó el curso de su vida hacia «la Verdad», según reza el epitafio acuñado por él. Antes de describir esos rasgos particulares de lo que se podría llamar el *ethos* newmaniano, es necesario explorar lo relativo al filósofo y hacer algunas anotaciones en lo que se refiere a su pensamiento sobre asuntos de ética o moral.

NEWMAN, UN FILÓSOFO RELIGIOSO

En la extensa obra escrita de Newman no se encuentra un tratado propiamente sobre ética o moral, como en el caso de Aristóteles, Spinoza o Aranguren. Sin embargo, Frederick Copleston, en las páginas que dedica a Newman, en el volumen de su *Historia de la filosofía*, en el cual analiza el pensamiento inglés y norteamericano del siglo XIX, concluye que

...a Newman no se le considera hoy [1966]... como un filósofo cuyo pensamiento se acepte o rechace según el caso. Al decir que no se le considera «ahora» –advierte el autor–, no pretendo dar a entender que se le viera alguna vez bajo esa luz. Quiero decir más bien que el auge del interés por su pensamiento filosófico y por su estilo de apologética ha coincidido con la expansión de diversos movimientos en filosofía y apologética que retrospectivamente se consideran de algún modo afines a ciertos elementos de las reflexiones de Newman. Así, los que se interesan por su filosofía tienden a verla más como fuente de estímulo e inspiración, que como una doctrina rígida y sistemática que, por supuesto, Newman no intentó jamás.⁵

Este juicio de Copleston se conjuga con el planteamiento de Bremond, quien hace notar la dificultad de «reunir en cuerpo de doctrina los principios religiosos de Newman», pues no fundamentó en el razonamiento abstracto «su actividad intelectual», sino en sus propias «experiencias morales o religiosas». En otras palabras, «la razón es la que edifica los sistemas [filosóficos], y Newman vive de la fe».⁶

5. COPLESTON, S.I., FREDERICK, *Historia de la filosofía* (1966). (Vol.VIII – Apéndice A), Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1992, p. 498.

6. BREMOND, HENRY, *Newman...*, pp. 315-316.

Ian Ker, el primero entre los estudiosos de la vida y obra del Cardenal, al referirse a Newman como filósofo, menciona en particular dos de sus obras: los *Sermones universitarios* y *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, «su *magnum opus*», publicada en 1870. En los primeros, predicados en Oxford entre 1826 y 1843 y publicados en este último año, Newman trata sobre la relación entre fe y razón. Explica Ker que para Newman «la fe, lejos de oponerse a la razón, es un ejemplo de razonamiento basado sobre ‘presunciones’ o ‘*antecedent probabilities*’ como oposición a la evidencia empírica o a la lógica». En este contexto «la fe no difiere de otras actividades intelectuales donde la prueba viene después de planteamientos asumidos no probados». Lo característico en este caso es que «la fe religiosa descansa en probabilidades que son determinadas por principios morales: lo que parece probable para una buena persona no parecerá probable para una mala persona». Según Ker, «la originalidad de esos sermones reside en la forma en que Newman reemplaza la concepción estrecha sobre la razón que promovió la Ilustración, no por experiencias y sentimientos no intelectuales, sino por un entendimiento más amplio de lo racional o razonable».⁷

Ahora bien, toda la inquietud y reflexión de Newman en relación con «la justificación filosófica para las creencias religiosas» alcanzó su mejor expresión en 1866, año en el que inició su trabajo sobre el «asentimiento». En la *Apología pro vita sua* (1864), obra maestra de la literatura inglesa, a menudo comparada con las *Confesiones* de San Agustín, Newman reconoce que su reflexión al respecto está unida al pensamiento de Joseph Butler (1692-1752), quien afirma que «en la vida la probabilidad es la guía». Newman advierte el peligro que este planteamiento trae consigo, pues algunos pueden llegar a concluir que «la certeza absoluta» es inalcanzable y a reducir cualquier verdad a una opinión. «Si fuera así -concluye Newman-, el famoso dicho ‘Oh Dios, si es que hay Dios, salva mi alma, si es que la tengo’ sería la forma más alta de oración.»⁸ La duda y la certeza, la verdad, la creencia y el asentimiento, «el desarrollo» y «la corrupción» de una idea, serían los temas a los que Newman dedicaría su trabajo intelectual.

7. KER, IAN, *The Genius of John Henry Newman. Selections from his Writings*. Clarendon Press, Oxford, 1989, p. 37.

8. NEWMAN, J.H., *Apología...*, p. 37. Traducción, p. 43.

En una época en la que se imponía «la secularización, o sea, la separación de la ciencia, de la economía y de la política, de la fe, como consecuencia del proceso de crítica producido por el humanismo y la Reforma protestante»⁹, Newman quería probar «por encima de todo» que era «tan razonable para una persona sin educación como para el teólogo erudito» alcanzar «certeza acerca de su fe». Ker considera que la obra de Newman sobre el asentimiento religioso «es un análisis filosófico de ese estado de la mente que ordinariamente conocemos como certeza y de los actos intelectuales asociados con él; y como tal, ha llegado a ser reconocido como un clásico en la filosofía de la religión».¹⁰ Ahora bien, Copleston advierte que «sería erróneo definir *Gramática del asentimiento* como obra filosófica, porque a la larga trata de 'los argumentos aducibles en pro del cristianismo'. Pero tales argumentos se sitúan en un contexto lógico y epistemológico».¹¹

Se puede entender, como lo anota Copleston, que el Cardenal «se interesó por ciertos temas filosóficos en calidad de apologista cristiano. Es decir, escribió desde el punto de vista de un creyente cristiano que se pregunta hasta qué punto y de qué manera puede demostrar que su fe es razonable».¹² Bremond considera que la diferencia «más profunda» entre Newman y los apologistas clásicos reside en que éstos «disputan como filósofos, no como creyentes... Newman explica, describe su fe, pero nunca la demuestra. Se niega al desdoblamiento que necesita la apología clásica. En él, es siempre el creyente el que habla.»¹³ El siguiente texto sobre el racionalismo, en el que Newman se refiere a la cuestión moral en el trabajo filosófico, sirve para ilustrar la relación entre el creyente y el filósofo:

Sabemos que los filósofos de este mundo son hombres de profunda reflexión e inventiva que proponen una doctrina que por lo que tiene de plausible aúna partidarios a su alrededor, funda escuelas y en ocasiones hace cosas maravillosas. Son éstos los hombres que con el correr del tiempo cambian la faz de la sociedad, truecan las leyes y las opiniones, subvierten a los gobiernos, y derriban a los reinados; o extienden el conjunto de nuestros conocimientos, y por decirlo así,

-
9. GIORDANI, IGINO, *Los grandes conversos* (1945), Editorial Casulleras, Barcelona, 1955, p. 113.
10. KER, I., *The Genius...*, pp. 37-38.
11. COPLESTON, S.I., F., *Historia...*, p. 489, nota 18.
12. *Ibidem*, p. 483.
13. BREMOND, H., *Newman...*, p. 341.

nos introducen en un nuevo mundo. Bien, esto es admirable, seguramente, al ser tan vasto el poder de la mente... Estos grandes filósofos del mundo, cuyas obras son tan buenas y tan eficaces, son ellos mismos a menudo nada más que palabras. ¿Quién puede garantizarnos sus obras tanto como las palabras?... Pueden descansar tranquilos, y darse todos los placeres, halagar a la carne, y servir al mundo, mientras su razón esté tan iluminada y sus palabras tengan tanta influencia. De todas las formas, ésta es la más despreciable de la grandeza humana seguramente... ¿Qué diremos de los hombres... que profesan lo que no hacen, y enseñan la verdad pero viven en el vicio, que conocen a Dios pero no lo aman?¹⁴

Queda claro, entonces, que «todo lo que es puramente intelectual y sistemático no ha tenido para [Newman] más que un valor accesorio. Su verdadera vida es toda ella moral y sus doctrinas sucesivas estarán siempre, por decirlo así, en función de la conciencia», que para Newman no es sino otra denominación para la fe.¹⁵ Copleston advierte que Newman, «en un sentido real quiere hacernos ver lo que somos. Sin conciencia, el hombre no es en realidad hombre. Y la conciencia no se desarrolla si no nos conduce a la fe en Dios, poniéndonos, por decirlo así, cara a cara con Dios como realidad presente manifestada en el sentido del deber». En conclusión, «en la fe» es donde puede desarrollarse «la naturaleza humana».¹⁶ Este análisis coincide con el del autor de la biografía psicológica de Newman, quien plantea lo siguiente a propósito de la primera conversión de Newman (1816):

Encontrar a Dios, cambiar súbitamente la fórmula lejana, vaga y helada, por una realidad personal, sensible, viviente y presente, es a lo que, en suma, se reduce toda conversión... En Newman, el punto de partida y el punto de llegada se confunden. El estrecho circuito luminoso va y vuelve entre estos dos términos: Dios y mi alma; mi alma y Dios... Toda su filosofía vuelve a establecer una identidad fundamental entre la voz de la conciencia y la voz de Dios.¹⁷

En 1837, siendo presbítero de la Iglesia Anglicana y crítico de la Iglesia Católica y del Romano Pontífice, Newman formuló el siguiente planteamiento sobre la relación entre moral y religión:

Cuando se reduce la religión a no ser más que un sistema, se corre el riesgo de absorber la atención sobre un objeto creado en lugar de concentrarla en el Creador. Ahora bien el «romanismo» clasifica nuestros deberes y su recompensa, los objetos de fe, los deberes a cumplir, las maneras de agradar a Dios, los castigos y los remedios del pecado, con tanta exactitud, que cada individuo puede saber en

14. NEWMAN, JOHN HENRY, *Antología*. Introducción de Guillermo P. Furlong, S.I. (Ed.), Editorial Difusión, S.A., Buenos Aires, 1946, pp. 293-294.

15. BREMOND, H., *Newman...*, pp. 329-339.

16. COPLESTON, S.I., F., *Historia...*, p. 495.

17. BREMOND, H., *Newman...*, pp. 192-193

qué punto se encuentra de su peregrinación hacia el cielo, hasta dónde ha llegado y qué es lo que le falta por pasar. La moral se convierte en un simple cálculo. Una escala graduada precisa las etapas de la devoción y la virtud, aun cuando el alma, embarazada con todos esos detalles sistemáticos, haya muy pronto olvidado o poco menos al autor de todo bien. Además es evidente que la religión no es nunca tan pura como cuando obra libremente y sin obstáculos.¹⁸

Tal como lo advierte Bremond, Newman «lejos de edificar sistemas universales, se contenta con explicitar, desarrollar, defender, su experiencia personal de las cosas religiosas, es decir, todavía y siempre, la voz de la conciencia». Y es en esta condición que se puede entender «su «anti-intelectualismo» decidido».¹⁹ Ahora bien, la centralidad de la fe en el pensamiento de Newman, en especial, frente al desarrollo científico y el progreso de la sociedad, pueden apreciarse en el siguiente aparte de su texto *Religión y ciencia*:

Tanto en moral como en física, la corriente no puede desbordarse de su cauce. El cristianismo libra al hombre de los lazos que lo unen con la tierra, porque aquella viene del cielo; pero la moral humana se arrastra, se pavonea, o se agita y se encoleriza sobre el nivel de la tierra, sin alas para volar. La ciencia no contempla al hombre levantándose por encima de su naturaleza humana; sino que meramente aconseja que disponga de sus gustos y fuerzas existentes, como más le convenga, y que use de ellos según las circunstancias... Deja al hombre así como lo encontró: hombre, y no ángel; pecador, no un santo; pero trata de hacerlo aparecer cuál es, y no como lo podría ser...

Yo considero, pues, que aun siendo intrínsecamente excelentes y nobles como son las búsquedas científicas, y tan dignas de ocupar un lugar en la educación liberal, y tan fructuosas en beneficios temporales para la comunidad, aún así no son ni pueden ser, el *instrumento* de una educación ética, porque la física no suple a una tesis, sino a los meros materiales de un sentimiento religioso: el conocimiento y la ciencia no llenan ni forman la mente; la aprehensión de lo abstracto es el único principio conocido capaz de detener el mal moral, educando a la multitud, y organizando a la sociedad; y, aunque el hombre ha nacido por y para la acción, la acción no fluye de las inferencias, sino de las impresiones; no del razonamiento sino de la fe.²⁰

En la epifanía de 1839 Newman pronunció uno de los llamados *Sermones universitarios*. En él define la relación entre fe y razón, y compara el papel de esta última con el de un juez frente a un acusado: «Un juez no hace honestos a los hombres, sino que confirma esa realidad y la justifica y sopor-

-
18. NEWMAN, J.H., *Prophetical Office*, Lecc. III (pp. 100-102), citado por BREMOND, H., *Newman...*, p. 63.
19. BREMOND, H., *Newman...*, p. 322.
20. NEWMAN, J.H., *Antología*, pp. 258-261.

ta: de la misma manera, la razón no necesita ser la fuente de la fe, en tanto la fe existe en las personas específicas que creen, aunque la razón pruebe y verifique la fe.»²¹ En la siguiente cita textual del trabajo que Newman inicia en 1850 en relación con las «dificultades» que podrían enfrentar los anglicanos «para someterse a la Iglesia Católica», se confirma aún más su preocupación por los asuntos morales que, por estar referidos a la conciencia, ocupan la atención del filósofo religioso:

La ley divina es la regla de la verdad moral, el criterio del bien y del mal, la autoridad soberana, irreductible, absoluta. Aprehendida por cada alma individual, esta ley se llama conciencia... [el Papa] no tiene otra misión que la de proclamar la ley moral y la de confirmar «esta luz que ilumina a todo hombre que llega al mundo»... A pesar de todo, que no se me atribuya la idea de querer reducir la revelación a una simple proclamación nueva de la ley natural. Se distingue de las lecciones de la naturaleza y las supera, pero no es independiente de esta ley natural; se liga a ella, la completa, la confirma, la termina, la encarna y la interpreta. El Papa, que nos da la revelación no tiene ninguna jurisdicción sobre la naturaleza.²²

Con base en lo expuesto anteriormente se puede compartir la conclusión de Nédoncelle al final de su extensa y detallada introducción a las *Oeuvres Philosophiques de Newman* (1945): «El personalismo moral y la teoría de las ideas son los dos aspectos esenciales del pensamiento newmaniano.»²³ Sobre el primero, debe recordarse que es entendido como aquella «doctrina filosófica que considera a la persona como principio ontológico fundamental, y en una acepción más restringida y difundida sobre todo en el ambiente romántico, como una doctrina teológica que afirma la personalidad de Dios y su distinción real del mundo, en pugna con el panteísmo idealista»²⁴, sentido utilizado originalmente por Schleiermacher (1799) y más tarde por Goethe, Feuerbach.²⁵ Pues bien, la filosofía de quien fue considerado como «Platón de Oxford»²⁶ «es una historia, una aventura mucho más que una teoría», afir-

- 21 . NEWMAN, J.H., «*Oxford University Sermons*, Epifanía de 1839» en KER, I. *The Genius...*, p. 40.
22. NEWMAN, J.H., *Anglican Difficulties* (pp. 247-266), citado por BREMOND, H., *Newman...*, p. 321-322.
23. NÉDONCELLE, M., «Préface et notes», en NEWMAN, J.H., *Oeuvres Philosophiques de Newman*. Aubier, París, 1945, p. 194.
24. GARZANTI EDITORE, S.P.A., *Enciclopedia de la filosofía* (1981). Ediciones B., S.A., Barcelona, 1992, p. 756.
25. ABBAGNANO, NICOLA. *Diccionario de filosofía* (1961). Fondo de Cultura Económica, México, 1992, pp. 912-913.
26. FURLONG, S.I., G., «Introducción», en NEWMAN, J.H., *Antología*, p. 72.

ma Bremond. Newman «es un precursor. Es decir, que no solamente no ha terminado por anticipado ni hecho inútil la labor de los filósofos que prepara, sino que ni siquiera ha derrumbado completamente los sistemas que reemplaza... Newman no ha dicho la última palabra sobre las controversias que preocupan hoy a los pensadores cristianos, pero ha presentido el problema de los tiempos nuevos, y sus libros nos ayudan a plantear netamente este problema.»²⁷

EL *ETHOS* NEWMANIANO

Una vez se ha repasado el trabajo de Newman como filósofo y se han identificado apartes de algunos escritos en los que formula planteamientos relativos a la ética, se puede proceder a examinar aspectos de su vida que hacen evidentes los rasgos del *ethos* newmaniano. El primero de ellos es, sin duda alguna, la actitud crítica, su capacidad e interés de cuestionar, el uso de la razón que lo llevará a enfrentar, no sólo su propia Iglesia, la Anglicana, sino el catolicismo de Roma y el protestantismo. Newman se hace a un lugar en Oxford, precisamente poco después de la publicación de la última entrega de la obra de Thomas Paine, *La edad de la razón* (1795,1811). Dice Newman que Richard Whately (1787-1863), *fellow* de Oriel desde 1813, influyó mucho sobre él en 1825: «ver con sus propios ojos y caminar con sus propios pies» fue lo que aprendió de ese hombre de universidad que «no solamente [le] enseñó a pensar, sino a pensar por sí mismo».²⁸

Hacia 1827 Newman se dio cuenta de que estaba «empezando a preferir la excelencia intelectual a la moral» y que era arrastrado por el «liberalismo» de ese tiempo, que según su propio análisis consistía en «una falsa libertad de pensamiento, o el ejercicio del pensamiento sobre asuntos en los cuales, dada la constitución de la mente humana, el pensamiento no puede alcanzar ningún resultado feliz, y en consecuencia está fuera de lugar».²⁹ Sin embargo, el hombre que desde entonces combatió decididamente el liberalismo, fue un liberal «en el más noble sentido de la palabra... Inteligencia lúcida, ingeniosa, sutil, se ha complacido en humillar la razón. Si no fuera el

27. BREMOND, H., *Newman...*, pp.313 y 338.

28. NEWMAN, J.H., *Apología...*, p. 31. Traducción, p. 37.

29. *Ibidem*, pp. 33 y 254. Traducción pp. 39 y 279.

más robusto de los creyentes, sería el más temible de los profesores de escepticismo». ³⁰ En el siguiente aparte de su texto sobre fe y duda, Newman destaca la importancia de la razón:

Estos tales [que no tienen la menor idea de convertirse al catolicismo] se explayan contra la Iglesia, como contra algo terrible, afirmando que todo el que entra una vez en el redil de la Iglesia, se cierra a sí mismo la puerta de la salida para siempre; porque una vez ya católico, nunca puede volver a dudar. Añaden que cualquier duda que sientan, tienen que sofocarla; y aún más: deben rechazar esas vacilaciones como tentaciones del espíritu maligno; en resumen: afirman que han de abandonar la búsqueda de la verdad, y violentar su mente; actos que no distan mucho de lo inmoral. ³¹

En este breve elogio de la duda, el hombre de estudio sale en defensa del uso de la razón, porque Newman tenía claro que aunque solamente con «la certeza» se logra un punto en el marcador, «la duda» de todas formas puede considerarse como «un progreso». ³² Ahora bien, en algún momento Newman se consideró simplemente un «retórico», «un trozo de vidrio que transmite el calor, aún estando frío», y no veía en él al filósofo que sí reconocía en Richard H. Froude (1803-1836) y John Keble (1792-1866), compañeros en Oriel. ³³ En el siguiente aparte de una carta, Newman se describe a sí mismo:

Tengo una viva intuición de las consecuencias de ciertos principios admitidos... a mí no me gusta el mundo, ni sus riquezas, ni sus honores, y mi carácter es naturalmente digno y firme. En una palabra, amando la verdad, no la poseo, pues entiendo que mi corazón está casi del todo en la superficie. Poco amor, poca abnegación. Creo tener un poco de fe, y eso es todo. ³⁴

Esta actitud crítica, de cuestionamiento, no sólo caracterizó a Newman, sino también al llamado Movimiento de Oxford (1833-1845), que bajo su liderazgo se propuso restaurar ideales del siglo XVII que se habían perdido en la Iglesia de Inglaterra. Esta causa fue apoyada y rechazada por hombres de universidad, como Keble y Froude, entre los primeros, y entre los segundos, Whately. ³⁵

30. BREMOND, H., *Newman...*, p. 24.

31. NEWMAN, J.H., *Antología*, p. 165.

32. NEWMAN, J.H., *Apología...*, p. 196. Traducción, p. 215.

33. BREMOND, H., *Newman...*, p. 19, nota 9.

34. NEWMAN, J.H., *Letras*, I (p. 416), citado por BREMOND, H., *Newman...*, p. 19.

35. LIVINGSTON, E.A. (ED). *The Oxford Dictionary of the Christian Church* (1957). Oxford University Press, Oxford, 1997, p. 1205.

Así como las preguntas y las dudas constituyen el primer rasgo característico del *ethos* newmaniano, la afirmación pública de su pensamiento se puede considerar como el segundo. Aquí aparece, entonces, el profesor, el orador sagrado y el escritor que comunica sus ideas, sus creencias y sus dudas, en el aula, en el púlpito o en la prensa; el hombre de combate, el guerrero que responde y justifica sus opiniones, que en un momento llega a ser considerado el «Judas inglés»³⁶ y que no pocas veces figuró como «sospechoso y controversista».³⁷ Incluso se llegó a pensar que su obra *An Essay on the Development of Christian Doctrine* (1845) sería incluida en el *Índice de la Iglesia Católica*.³⁸ Sobre este rasgo, Newman hace el siguiente planteamiento:

¡Qué difícil es definir las cosas, qué vano es tratar de comunicar a los demás nuestros propios sentimientos en toda su profundidad y con sus más delicados matices! En cuanto uno se aventura a formularlos, esos sentimientos parecen inconsistentes y contradictorios; las gentes le comprenden a uno torcidamente, le encuentran ridículo, la crítica lo condena con aire triunfante.³⁹

Tanto el célebre *Tract XC* (1841), en el que Newman se refiere a la catolicidad que se reconoce en los 39 artículos que desde 1563 fijaron la doctrina de la Iglesia Anglicana, como su libro autobiográfico, la *Apología* (1864), que tuvo su origen en la respuesta a las acusaciones que en 1862 le formulara Charles Kingsley en una revista, dejan ver al hombre que hace público su pensamiento, que dice la verdad y está dispuesto a pagar el precio correspondiente.⁴⁰ En el prefacio de la *Apología* Newman aclara la intención de su «justificación» en los siguientes términos:

Estoy obligado a seguir mis propias luces y a hablar desde mi propio corazón. No siento en absoluto placer al ponerme como centro; ni al ser criticado por ser así. No es agradable revelar a lo alto y a lo bajo, joven o viejo, lo que ha sucedido dentro de mí desde mi niñez. No es agradable estar dando a cada disputante superficial o irrespetuoso la ventaja sobre mí de conocer mis pensamientos más privados, incluso diría el diálogo entre yo mismo y mi Creador. Pero no quiero que

36. FURLONG, S.I., G., «Introducción», en NEWMAN, J.H., *Antología*, p. 15.

37. BREMOND, H., *Newman...*, p. 52 y 60.

38. GRIFFIN, JOHN, R., *A Historical Commentary of the Major Catholic Works of Cardinal Newman*. Peter Lang Publishing Inc., New York, 1993, p. xi.

39. NEWMAN, J.H., *Parochial and Plain Sermons*, IV, XIX (p. 291), citado por BREMOND, H., *Newman...*, p. 13.

40. FOISTER, SUSAN, *Cardinal Newman, 1801-1890. A Centenary Exhibition*. Owen Chadwick, Introduction. National Portrait Gallery Publications, London, 1990, pp. 41-42 y 66.

me digan en la cara que soy un mentiroso y un *knave*; no estaría atendiendo las obligaciones de ni fe y de mi nombre, si no lo padeciera.⁴¹

Es interesante registrar la referencia que Newman hace de Edward Hawkins (1789-1882), también *fellow* de Oriel, a quien responsabiliza de haberle enseñado a «sopesar [sus] palabras y a ser prudente en [sus] afirmaciones». A su juicio, «la costumbre de delimitar y aclarar el sentido de [sus] palabras en debates y controversias, de distinguir entre ideas afines, y evitar errores por precipitación [*anticipation*]» la aprendió de Hawkins.⁴² Newman cuenta que entre 1826 y 1828 «su lengua se desató y empezó a hablar con espontaneidad y sin esfuerzo». En efecto, su primer *Sermón universitario* tuvo lugar en 1826. Al año siguiente, fue nombrado examinador, y en 1828, vicario o párroco de Santa María, la iglesia de la universidad. De esta forma «salió de su concha... Fue entonces cuando empezó a tener influencia, la cual fue creciendo a lo largo de los años».⁴³

Además del folleto y del libro referidos en los párrafos anteriores, el *Tract XC* y la *Apología*, Newman manifestó en particular su carácter controversial en dos célebres publicaciones. En la primera, *A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D.D., on his Recent «Eirenicon»* (1866), Newman participó en el debate público que se había entablado en relación con la devoción a la Virgen y la infalibilidad del Papa. En la segunda, *A Letter Addressed to His Grace the Duke of Norfolk on the Occasion of Mr. Gladstone's Recent Expostulation* (1875), Newman refutó los planteamientos sobre la dificultad que tendrían los súbditos católicos, sometidos al papado, para guardar lealtad simultáneamente a la corona.⁴⁴

Al hablar de la figuración pública de Newman no puede dejar de mencionarse su respuesta a la «gran dificultad» que sintió en 1843, cuando duda y convicción se enfrentaron en su pensamiento relativo a la Iglesia Católica. «*Speak by acts*» fue la alternativa que eligió y que confirma una vez más su interés en comunicar su pensamiento. Sus declaraciones en la prensa sobre su «retractación» por las ofensas que había hecho a la Iglesia Romana causa-

41. NEWMAN, J.H., *Apología...*, p. 17.

42. *Ibidem*, p. 29. Traducción, p. 35.

43. *Ibidem*, p. 35. Traducción, p. 41.

44. FOISTER, S., *Cardinal...*, pp. 67 y 70.

ron conmoción en los primeros meses de 1843.⁴⁵ Lo mismo sucedería en 1869, cuando los periódicos divulgaron una carta privada en la que manifestaba su oposición a que se tratara en el I Concilio Vaticano el dogma sobre la infalibilidad papal.⁴⁶ Lo mismo había sucedido en 1851, cuando Giacomo Achilli, exsacerdote católico acusó a Newman por difamación; en consecuencia, el entonces rector de la Universidad de Irlanda tuvo que enfrentar un juicio que concluyó con «una multa de cien libras y prisión hasta que se pagara». Newman no fue a la cárcel, pues sus amigos cancelaron inmediatamente la suma exigida.⁴⁷

Si bien son fundamentales los dos primeros rasgos reconocibles del *ethos* newmaniano, la actitud crítica y la afirmación pública de su pensamiento, el tercero es el que definitivamente consagra su identidad. De Newman no se puede hablar sin hacer referencia a la palabra «cambio», la cual tiene una acepción más amplia que el término «conversión», referido particularmente al orden religioso, aunque por supuesto este último está asociado estrechamente a la historia de un hombre que ocupa un lugar destacado entre los grandes conversos.⁴⁸ En el recuerdo de Newman sobre este proceso del espíritu, consignado en el prefacio de la *Apología*, publicada casi veinte años después de ser recibido en la Iglesia Católica, describe «la impresión» que se tenía de él por entonces:

...una persona que había publicado cosas muy contundentes contra una determinada causa, alguien que había reunido en torno suyo un grupo de gente en virtud de esos escritos, [que] poco a poco comenzó a vacilar en su oposición, retiró sus palabras, provocó perplejidad y confusión en sus amigos, que ya no supieron cómo comportarse, y al final, terminó pasándose al campo enemigo que tan vehementemente había atacado.⁴⁹

Más allá de este acontecimiento particular y extraordinario, el cambio es una constante en el pensamiento y en la circunstancia de Newman. El aforismo newmaniano «vivir es cambiar», uno de los más conocidos, y su epitafio, citados párrafos arriba, explicitan ese distintivo en un hombre que

45. NEWMAN, J.H., *Apología...*, p. 196. Traducción, p. 215.

46. FURLONG, S.I., G., «Introducción», en NEWMAN, J.H., *Antología*, p. 21.

47. TREVOR, MERIOL, *John H. Newman. Crónica de un amor a la Verdad*. (1977). Ediciones Sígueme, S.A., Salamanca, 1989, pp. 155 y 163.

48. GIORDANI, I., *Los grandes...*, p. 115 y pp. 150-162.

49. NEWMAN, J.H., *Apología...*, p. 3. Traducción, pp. 21-22.

pronto comprendió con Scott que «la única evidencia de vida» es el «crecimiento».⁵⁰ Este rasgo del *ethos* newmaniano se manifiesta especialmente en su obra sobre el desarrollo de la doctrina cristiana, a la que pertenece el siguiente planteamiento, en el cual compara el curso de un río y el de las ideas:

Se afirma a veces que una corriente es más clara entre más cerca se halle de la fuente. Cualquier uso adecuado que se haga de esta imagen, no tiene aplicación al hablarse de la historia o de una filosofía o creencia, la cual, por el contrario, es más calmada, y más pura, y más fuerte, cuando su lecho o fondo ha llegado a ser profundo, y amplio, y pleno. Necesariamente surge de un estado de cosas que ya existe, y por un tiempo *savours of the soil*. Su elemento vital necesita desprenderse de lo que le es ajeno y temporal, y es utilizado en esfuerzos tras la libertad la cual se hace más vigorosa y esperanzadora a medida que pasan los años. (...) En un mundo superior ocurre de otra manera, pero aquí abajo vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado a menudo.⁵¹

Sobre el pensamiento de Newman en relación con las verdades de la fe, Trevor aclara que «Newman percibió que la idea del desarrollo era esencial para la Iglesia y esto le permitió descubrir cómo, y a veces por qué, se habían desarrollado las ideas sobre la madre de Jesús, por ejemplo, o la eucaristía, o el oficio del Papa, ideas que no eran ‘corrupciones’ sino el resultado de la reflexión colectiva sobre lo que había realizado en Jesús el Cristo... La Iglesia no es una idea sin cambios, es una comunidad viva». Es interesante advertir que la formulación de los planteamientos de Newman sobre el «desarrollo» de una filosofía o una creencia coincidieron prácticamente en el tiempo con los de Darwin en relación con la evolución biológica y el origen del hombre, tema del libro que aparecería en 1859 y que a juicio de Trevor ha sido «la revolución ideológica más grande desde el descubrimiento en el siglo XVI de que la Tierra no era el centro fijo del universo».⁵² Newman que publicó su libro en 1845, había iniciado su reflexión sobre el desarrollo de la doctrina en el último *Sermón universitario*, pronunciado en Oxford, el 2 de febrero de 1843.

Poco antes, en enero del mismo año, Newman había escrito «su «retractación» por los violentos ataques que había hecho contra Roma».⁵³ El ges-

50. *Ibidem*, p. 26.

51. NEWMAN, J.H., *An Essay on the Development of Christian Doctrine* (1845). Foreword by Ian Ker (Ed.), University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1989, p. 40.

52. TREVOR, M., *John H. Newman...*, pp. 117-118.

53. NEWMAN, J.H., *Apología...*, p. 196.

to evidencia también ese rasgo característico del *ethos* newmaniano en relación con el cambio y que llevó a que algunos lo consideraran «hipócrita e impostor». ⁵⁴ Unos meses después, en lo que se considera un segundo paso en su propósito de «hablar con las hechas», Newman renunció a la vicaría en Oxford, y se encerró en Littlemore, donde el 9 de octubre de 1845, a los pocos días de dejar su posición en Oriel, fue recibido en la Iglesia Católica.

Como puede verse, este hombre no es «el conservador» que en principio podría parecer y que, incluso, él mismo llegó a considerar que era. Chadwick explica que Newman «quiso revivir la vieja fe de Inglaterra, resistir lo que lo que consideró efectos corrosivos del racionalismo moderno sobre la enseñanza cristiana y, en consecuencia, sobre la moral de la sociedad, retener el más alto ideal de educación, el cual había encontrado él en el pasado, valorar la tradición en lugar de eliminarla como *a dead hand* en el desarrollo de la sociedad moderna». Sin embargo, Newman termina siendo un reformador, «un innovador que lucha por el cambio en los hábitos y las ideas de la comunidad a la que pertenece». ⁵⁵

DESTINO LA VERDAD

En esta breve exploración sobre el pensamiento y la vida de John Henry Newman, sobresale la pasión por la verdad que determinó el itinerario de este hombre de universidad. Así se justifica, por una parte, el apelativo de «amante de la Verdad», según reza el tema del Simposio Académico realizado en 1990 para conmemorar el centenario de su muerte, o el de «héroe de la Verdad» que el padre Furlong le atribuye ⁵⁶, y por otra, se explica el título de la obra biográfica de Trevor *Crónica de un amor a la Verdad*. Ahora bien, esa pasión tiene origen temprano en su vida. Newman confiesa que «humanamente hablando», es a «un auténtico inglés», Thomas Scott (1747-1821), «a quien debe su alma». Ese «clérigo anglicano de doctrina y piedad calvinistas» marcó «más que cualquier otro» el pensamiento del joven alumno oxoniano, que tuvo en su poder, antes de ingresar a la universidad, la autobiografía de Scott, «*Force of Truth*» (1779). Newman anota que en la vida y obra de ese

54. TREVOR, M., *John H. Newman...*, p. 108.

55. FOISTER, S., *Cardinal...*, p. 7.

56. FURLONG, S.I., G., «Introducción», en NEWMAN, J.H., *Antología*, p. 18.

autor se manifiesta «su rotunda ausencia de mundanidad y su vigorosa independencia de pensamiento», y a renglón seguido afirma que «[Scott] siguió la verdad a donde fuera que lo llevara». ⁵⁷ ¡Newman seguiría el mismo rumbo!

«Mi cardenal», para usar la expresión llena de afecto con que León XIII se dirigió al hombre que elevó a la dignidad de Príncipe de la Iglesia⁵⁸, «el más autobiográfico de los hombres»⁵⁹, creó un legado en el que la ética encuentra espacio importante. A la reflexión y los argumentos expuestos sobre la materia, a las palabras del intelectual que habla «de corazón a corazón», se unen los hechos de la vida, las huellas indelebles del testigo, que hoy, doscientos años después de su natalicio, permiten a los hombres y mujeres del siglo XXI encontrar en el *ethos* newmaniano honda inspiración para crear preguntas y buscar respuestas, para descubrir dudas y afirmar creencias, en ese difícil camino que conduce a la verdad. La propuesta de Newman, recogida en las siguientes palabras, tiene vigencia:

Caro lector, el tiempo es breve, la eternidad es larga. No alejes de ti esto que has encontrado... No te pierdas considerando los años pasados o persuadiéndote de que es verdadero lo que te place que verdadero sea, ni te hagas un ídolo con acariciadas anticipaciones. El tiempo es breve, la eternidad es larga.⁶⁰

BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNANO, NICOLA, *Diccionario de filosofía* (1961). Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- BREMOND, HENRY, *Newman. Ensayo de biografía psicológica* (1905). Ediciones Desclée, De Brouwer, Buenos Aires, 1947.
- COPLESTON, S.I., FREDERICK, *Historia de la filosofía* (1966). Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1985. (Vol.VIII – Apéndice A).
- GARZANTI EDITORE S.P.A., *Enciclopedia de la filosofía* (1981). Ediciones B, S.A., Barcelona, 1992.

57. NEWMAN, J.H., *Apología...*, pp. 26 y 251. Traducción, pp. 32 y 58.

58. FURLONG, S.I., G., «Introducción», en NEWMAN, J.H., *Antología*, p. 22.

59. BREMOND, H., *Newman...*, p. 18.

60. NEWMAN, J.H., *An Essay...*, p. 40. Traducido en GIORDANI, I., *Los grandes...*, pp. 156-157.

- FOISTER, SUSAN, *Cardinal Newman 1801-90. A Centenary Exhibition*. Owen Chadwick: Introduction. National Portrait Gallery Publications, Londres, 1990.
- GIORDANI, IGINO, *Los grandes conversos (1945)*, Editorial Casulleras, Barcelona, 1955.
- GRIFFIN, JOHN R., *A Historical Commentary on the Major Catholic Works on Cardinal Newman*. Peter Lang Publishing, Inc., New York, 1993.
- KER, IAN, *The Genius of John Henry Newman. Selections from his Writings*. Clarendon Press, Oxford, 1989.
- LIVINGSTONE, E. A. (ED.), *The Oxford Dictionary of The Christian Church (1957)*. Oxford University Press, Oxford, 1997.
- MCGREAL, IAN P., *Great Thinkers of the Western World*. Harper Collins Publishers, New York, 1992.
- NÉDONCELLE, M., Préface et notes. En: NEWMAN, *Oeuvres Philosophiques de Newman*. Aubier, París, 1945.
- NEWMAN, JOHN HENRY, *An Essay on the Development of Christian Doctrine (1845)*. Foreword by Ian Ker (Ed.). University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1989.
- Antología*. Introducción del P. Guillermo Furlong, S.I. (Ed.). Editorial Difusión, S.A., Buenos Aires, 1946.
- Apología Pro Vita Sua. Historia de mis ideas religiosas (1864)*. Trad. y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, Ediciones Encuentro, Madrid, 1996.
- Apología Pro Vita Sua (1864)*. Introducción de Ian Ker (Ed.), Penguin Books, London, 1994.
- Escritos Autobiográficos*. Traducción, introducciones y notas de Sofía Martín-Gamero, prólogo del padre Federico Sopena, Taurus Ediciones, S.A., Madrid, 1962.
- TREVOR, MERIOL, *John H. Newman, crónica de un amor a la verdad (1977)*. Ediciones Sígueme, S.A., Salamanca, 1989.

